

## EL SEGUNDO ALEXANDRE DE LABORDE

### I

EN el Boletín de la *Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, de París (abril-junio 1943), se da cuenta de la sesión de 2 de julio, en la que el Presidente, M. Gustavo Dupont-Ferrier, al entregar al Conde Alejandro de Laborde la medalla que la Academia le ofrece con motivo de haber cumplido noventa años, pronunció el siguiente discurso:

    Mi querido y venerado compañero:

    Si algunas veces llegan para los Presidentes de nuestra Academia horas graves y crueles, también les es dado en compensación otras agradables, y así lo es ésta de vuestro jubileo. Estáis aquí como en vuestra casa patrimonial, seguramente por derecho de conquista y un poco por derecho de nacimiento. Vuestro abuelo, el Conde Alejandro de Laborde, ha vivido treinta años, de 1812 a 1842, entre nuestros antecesores, y vuestro padre, el Marqués León de Laborde, de 1842 a 1869, lo estuvo durante veintisiete años. Vos mismo, desde 1917, sois de los nuestros, o sea, desde hace veintiséis años. Si cuento bien, he aquí que desde hace ochenta y tres años nuestra Academia se honra de tener entre sus miembros un Conde o un Marqués de Laborde.

    Representáis la tercera generación de vuestra familia: Este es un privilegio tan raro, que puede sea único.

Vuestra presencia entre nosotros es una de nuestras tradiciones. Vuestro jubileo es otra: De 1899 a 1908, nuestra Academia ha celebrado el jubileo de cuatro de nuestros antiguos compañeros: Ravaisson, Henri Wallon, Leopoldo Delisle y Henri Weil. Sois ahora nuestro decano. Pero sobre todo, pensando en los años que han de venir, nuestro voto unánime se complace en deciros: *Ad multos annos*.

Desde luego sabemos que poseéis más de un medio de luchar contra la amenaza de los años. Vuestra obra es la prueba. Al fundar la Sociedad francesa para la reproducción de manuscritos iluminados, habéis sabido salvaguardar varias de las páginas más características del arte medieval. Vuestros tres incomparables volúmenes sobre *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, y aquellos que habéis consagrado a las ilustraciones de la Biblia moralizada, son testimonio del éxito de la Sociedad de Bibliófilos franceses, que habéis sabido reanimar maravillosamente. Gracias a vos, desastres, como el incendio de la Biblioteca de Turín, en enero de 1904, no nos privaron totalmente de tesoros irremplazables. Aquello que la Edad Media nos legó de más delicado os deberá sobrevivir para siempre.

A ejemplo de vuestro padre y de vuestro abuelo, habéis sido un infatigable peregrino del Arte. Ellos, sostenidos por la pasión de la Historia y de lo bello, recorrieron el Oriente y el Occidente: Arabia, Siria, Holanda, Inglaterra, Italia y España. Vos fuisteis a San Petersburgo, a Copenhague, Aberdeen, a Londres, Italia y Toledo, y en más de ciento cincuenta museos y bibliotecas realizasteis investigaciones que tanto valor dan a vuestros trabajos.

Y no solamente como buen historiador, sino como buen francés, habéis sabido emplear vuestra actividad. La escuela militar de Saint-Cyr os atrajo en vuestra juventud; después, en la penúltima guerra, vestisteis de nuevo el uniforme, cumplidos los sesenta años, y en el Estado Mayor prestasteis servicios que el Ejército no ha olvidado. Y tomando

la iniciativa de preservar miles de miniaturas y pinturas, en el momento que la ciencia extranjera se disponía a sustituir a la ciencia y la erudición francesa, salvasteis una preciosa parte de nuestro tesoro nacional.

Añadiré que vuestra cortés asiduidad a nuestras sesiones durante todo el año, incluso durante el verano, es para alguno de nosotros un gran ejemplo. Vuestro *humour*, nos afirma que el aire de París es menos nocivo que el aire del campo. Él no os parece en ninguna parte más tónico y más bienhechor que en el Palacio Mazarino. De la misma manera que en vuestros ascendientes, nuestros compañeros, el amor a los viajes no ha conseguido disminuir en vos el amor por París y su laborioso ambiente.

La medalla, que tengo el gran honor de ofreceros, en nombre de nuestra Academia, es testimonio de nuestra alta estimación y de nuestro deferente afecto. Nos ha parecido que vuestro elogio se podía resumir en estas sencillas palabras: *Nec majoribus impar, in artibus optime meruit*. El nombre de vuestro padre, que fué, desde 1857 a 1869, Director de los Archivos de Francia, está grabado con caracteres epigráficos sobre uno de los muros más importantes del Palacio Soubise. En el Louvre, un fragmento del frontón del Parthenon, resto de la explosión de 26 de septiembre de 1687, ha merecido ser llamado, desde 1927, *tête Laborde*.

Acabamos de cumplir uno de nuestros más agradables deberes grabando vuestro nombre, mi querido compañero, sobre el incorruptible metal de la *medalla Laborde*, que os entregamos.

El Conde de Laborde agradeció a la Academia en los siguientes términos el homenaje que tan profundamente agradecía.

Señor Presidente, Señores:

Al recibir esta hermosa medalla, que constituye una innovación en nuestras tradiciones, creedme que estoy profun-

damente conmovido por el pensamiento que ha determinado vuestra conducta.

Sé bien que sólo la debo a mi edad, no a mis méritos, que nada valen. Si no fuera por ella, se hubiera otorgado a otros muchos de mis compañeros. Ella es, además, la continuación de los testimonios de simpatía e indulgencia que no habéis cesado de prodigarme desde hace veintiséis años en que tengo el honor de ser vuestro compañero.

La inscripción que habéis puesto en ella: *Nec majoribus impar*, hace alusión a mi abuelo Alejandro y a mi padre León, quienes durante el siglo XIX han sido vuestros compañeros. Yo creo que éste es el solo caso de una familia que os pertenezca de padre, de hijo y de nieto, recibidos en la misma Academia durante tres generaciones sucesivas.

Considero que esta preciada distinción es un gran honor para mí. Y así podéis estar convencidos de que mi reconocimiento es muy sincero y que sólo se extinguirá con mi vida.

Si la suerte decide que continúe en mi sitio entre vosotros diez años más, no dejaré de recordaros que en esta sesión ya os manifesté toda mi gratitud, que no habrá hecho más que aumentar hasta el centenario.

Una vez más, señores, gracias de todo corazón.

## II

Como puede ver el lector, el nieto, dignísimo nieto, del homónimo hispanista magnánimo, fué elegido Académico correspondiente en París, de nuestra Real Academia de la Historia, en el año 1923.

Por consecuencia, apareció en los sucesivos listines del *Anuario* de la Corporación, hasta el del año 1942 ¡y no en el de 1943! por un error de información.

En 1942 tenía nuestra Academia en Francia treinta y

ocho Académicos correspondientes, elegidos entre 1875 y 1936, el año de nuestra guerra de liberación nacional. Sabiéndose algunos fallecidos y siendo dudoso el caso de otros, se pidieron a Francia informaciones, no fáciles en estos años de la guerra mundial. Por lo visto las tales informaciones fueron, sobre deficientes (dejando en vida a algún ilustre fallecido), alguna vez excesivas... ¡En el *Anuario* de 1943, de aquellos treinta y ocho, sobrevivían veinte!

Todo cuanto hablamos y todo lo que dejamos escrito, en la conmemoración centenaria del hispanista Laborde, se habló y se redactó no teniendo por vivo al nieto homónimo, y en todo dignísimo sucesor: como en el título, en la vida de magna vocación al estudio histórico, también.

Por fortuna la tirada en la imprenta de todas estas páginas no estaba (por pocas horas) hecha, y se ha podido en el papel «resucitar» a nuestro ilustre Académico correspondiente. El alegre (y sobre gratisísimo, inesperado) *resurrexit*, nos lo acaba de dar, leído en el acto de terminar la sesión académica del día 14 de enero de 1944, la lectura (por sobre la gran mesa tendidas revistas y libros y folletos recién llegados) de la solemnidad académica en París, de nuestra hermana la «Académie des Inscriptions et Belles Lettres», en la cual se celebró el 90° año de vida del Conde Alexandre de Laborde. Y luego acordamos publicar en nuestro BOLETÍN, vertido al español, el texto del discurso del Presidente y el texto de las palabras del nonagenario, ¡cuya vida Dios guarde todavía muchos años, vivo cerro testigo, que él es, de unas generaciones tres veces seculares de Labordes, de amigos de la cultura española!

Y quiero hacer constar, que antes de la feliz rectificación, ya estaba compuesto en la imprenta el anterior de los Apéndices, el tomado del cartapacio en nuestra Secretaría, como compuestos también todos los otros Apéndices y Notas.

## LA MADRE DEL HISPANISTA MAGNÁNIMO

*Lienzo, obra de la Vigée Lebrun.*

En la tan bella y ya secular ilustración inglesa, *The illustrated London News*, número (son semanales) de 13 de noviembre de 1943, entre las bellas obras de Arte que (estos años guerreros) suele dar, y hacia el final del número, publicó un muy bello retrato de la madre del hispanista Alexandre de Laborde, conservado en Norte América, cuadro que se dice salió de la familia cuando la gran Revolución francesa. El texto, que detalla el traje y tocado, hasta diciendo el color de cada pieza, no añade nada de la persona, sino la fecha de la pintura, el año 1775. Es cuando la pintora tenía sólo veinte años (n. 1755 † 1843), y al parecer es una de sus obras maestras, bellísima la retratada, bien joven. Pertenece el lienzo a la colección famosa de J. Piérpont Morgan, como los otros tres retratos reproducidos, uno de nuestro Mazo (retrato de la Infanta de España María Teresa, futura Reina de Francia) y dos de Rembrandt. El retrato nos da a la madre del hispanista magnánimo en el tiempo en que él habría cumplido ya el solo primer año de su vida.

## EL PRIMER LIBRO DE LOS LABORDE

Al corregir las últimas pruebas, he podido ver el espléndido libro del hispanista, el del *Mosaico de Itálica*, en soberbio ejemplar de la Biblioteca Patrimonial de Palacio. En otro número del BOLETÍN daremos la nota descriptiva, que bien la merece y que ha de ser de utilidad ofrecerla a los estudiosos.

ELÍAS TORMO.